

## LA CIUDAD AMABLE

(EN UNA SUELTA DE PÁJAROS)

Nel dolce tempo della prima etate...

*Petrarca.*

**E**n el nombre divino de Nuestro Padre Ensueño  
y del Señor San Éxtasis, de nuestras almas dueño;  
niños que amais las linfas de fuentes de cristal:  
oid a un viejecito, que fué tras de la gloria  
sin alcanzarla nunca, la peregrina historia  
de una ciudad de escarcha dormida en un rosal.

Tiene caladas torres de airosos capiteles  
y místicas campanas que llaman a los fieles  
alegres y jocundas al templo del amor  
y alcázares soberbios de bien talladas piedras  
por donde trepa el manto de las tupidas, hiedras  
y faros que deslumbran con vívido fulgor.

Sombrías alamedas, románticos jardines  
con ríos susurrantes que bañan sus confines  
y cielos que despliegan su primoroso tul  
y fuentes que murmuran y pájaros que cantan  
y flores que perfuman y almeces que levantan  
sus copas lujuriosas al firmamento azul.

Ciudad donde las penas jamás tuvieron nombre,  
que encierra maravillas que nunca soñó el hombre,  
y eclipsa en sus reflejos al más rico joyel;  
son de ágata sus puertas, sus muros de diamante,  
sus campos de esmeralda, su mar de luz brillante  
de pórvido sus átrios, sus arcos de laurel.

¿No recordais sus calles y su pensil bendito?  
¿No sentis al mentarla del trémolo infinito  
el temblador espasmo dentro del corazón?  
Todos quereis nombrarla con labios temblorosos;  
sabeis de sus palacios y conoceis sus cosos;  
esa ciudad es santa: se llama *la Ilusión*.

En sus recintos mágicos, risueños pobladores,  
de sus riquezas magnas sois dueños y señores;  
pero, cuando los años al fin pasando van,  
mirais como los vuestros se marchan uno a uno  
oyendo cabizbajos el grito inoportuno  
de otra ciudad sombría, de penas y de afan.

Todos os dejan tristes, con hondo desconsuelo.  
Mirando ante sus ojos terrible mar de hielo,  
dejaron de ser niños. ¡Que pena y que inquietud!  
¡Quien recobrar pudiera las muertas ilusiones,  
gozar vuestros solaces, cantar vuestras canciones!  
¡Quien conservar pudiera la eterna juventud!

Pero hay otros que nunca, jamás os abandonan;  
ya de cabellos blancos sus frentes se coronan  
y aún el perfume aspiran de la inmortal niñez;  
y aún siguen con vosotros en la ciudad de escarcha  
y acaso se preparan para emprender la marcha  
y andan algunos pasos... y vuelven otra vez.

Son niños perdurables por don de la fortuna  
que, absortos, en los cielos miran rodar la luna,  
conocen de las frondas la música ideal  
y entienden de misterios y saben de leyendas  
y al azulado ensueño tributan sus ofrendas  
y prenden sus estrofas en tallos de coral.

Miradlos encorvados: son vuestros compañeros  
que tiemblan ateridos, hollando los senderos  
porque marchais gozosos en juvenil vaivén  
y, al veros desgranando las risas como perlas,  
procuran cuidadosos en sartas recojerlas  
para ceñiros luego diademas en la sien.

¡Oh niños! Sed como ellos: guardando la fragancia  
de los primeros pétalos, pensad que vuestra infancia  
durar puede una vida de dicha y de bondad.

Amad todas las cosas ingenuas y rientes,  
abrid todas las jaulas, soltad todas las fuentes,  
dad a todos los seres consuelo y libertad.

Reid alegremente con inocencia sana.  
No escudriñéis inquietos las brumas del mañana  
corred de las leyendas y del ensueño en pos.  
Sed buenos ante todo; seguid nuestros consejos;  
hemos llorado mucho; por algo somos viejos;  
por algo en nuestros labios palpita ya un adiós.

Sean vuestros amigos la rosa que perfuma,  
el viento que acaricia, la niebla que se esfuma,  
el pájaro que canta, la aurora de esmeril.  
No interrogueis los hondos misterios de las almas  
y sed como la brisa que pasa por las palmas  
dejando entre sus ramas su música gentil.

Y, en el divino nombre de Nuestro Padre Ensueño,  
y del Señor San Éxtasis, de vuestras almas dueño,  
a los niños que busquen las linfas de cristal,  
diseis de viejecitos, cubiertos ya de gloria,  
con frases inspiradas, la peregrina historia,  
de una ciudad de escarcha, dormida en un rosal.

## DE AUSENCIA

## DE AUSENCIA

A MI COMPAÑERA

Que obscuro está el cielo!  
¡Que menudo llueve!  
¡Que dormidas que pasan las aguas  
debajo del puente!  
¡Que solo está el campo!  
¡Que frío el ambiente!  
¡Que callados transcurren los días,  
llorando y sin verte!

De aquel árbol grande  
yo quiero las sombras  
porque es mi cariño, que tiende sus ramas  
cubiertas de gloria.

De esa zarza chica  
yo quiero los ramos;  
porque es tu cariño que, al darme sus flores,  
me hiere en las manos.

Mira tu que torre  
tan grande y altiva  
para irla llenando con todos los besos  
que te dí en mi vida.

Mira que capullo  
tan blanco y pequeño,  
para echar en su cáliz los pocos  
que tu me has devuelto.

No hay agravio chico;  
no hay pena pequeña;  
no hay dolor tan amargo en el mundo  
como el de la ausencia.

No hay gloria sin llanto;  
no hay vuelta sin gozo;  
no hay tristeza que no se deshaga  
fundida en tus ojos.

Aquellos jazmines  
marchitos los guardo  
para hacer con sus hojas registros  
de un santo breviario.

Las rosas aquellas  
las tengo escondidas,  
para hacer con sus rígidos tallos  
coronas de espinas.

Arriba, muy lejos,  
tras de las estrellas,  
van las almas de los que se mueren  
de pena de ausencia.

Y, frente a los cielos  
de puertas de plata,  
dicen todas, llorando afligidas;  
*Su cariño o nada.*

Dormir en el lecho,  
dormir en la tierra  
¿que más da si en el alma hay la sávia  
que nunca se seca?

La muerte es tan solo  
dejar la luz cierta;  
cuando toda esperanza se pierde  
se muere de veras.

Vibró la campana  
su toque postrero  
y lloraba la pena infinita  
de hallarte tan lejos.

Pasó un pajarillo  
junto a mi ventana  
y llevaba el dolor de no verte,  
temblando en las alas.

Declina la tarde.  
 ¡Que largo es el día!  
 ¡Que despacio caminan las sombras  
 montañas arriba!

¡Que triste está el cielo;  
 que pálido y pobre!  
 ¡cuanto tarda en salir esa estrella  
 que lleva tu nombre!

¡Ay noche bendita:  
 mis párpados cierra!  
 Haz que cese unas horas la angustia  
 que así me atormenta.

Prolonga mi sueño;  
 sostenme en tinieblas  
 hasta que ella, con voz argentina  
 me diga: ¡Despierta!

A las altas horas,  
 cuando estoy soñando,  
 te adelantas, flotante el cabello  
 y un dedo en los labios.

Me besas la frente;  
 de nuevo te marchas  
 y despierto febril, con los ojos  
 cubiertos de lágrimas.

No puede ser justo,  
 no puede ser cierto  
 que algún día tengamos que darnos  
 el adios eterno.

Pero, si así fuera,  
 por mandato horrendo,  
 no tendrán las flores su intenso perfume;  
 no hallarán las aguas sus cauces risueños  
 y, como alarido  
 de dolor inmenso,  
 quedará por siempre, como una amenaza,  
 mi airada protesta vibrante en los cielos.



EL BREVIARIO

## EL BREVIARIO

A mis compañeros de la justamente  
frustrada «Academia de la Poesía».

**D**e la vieja ciudad prócer por las calles solitarias,  
cuando el alba va extinguiendo las celestes luminarias  
con el pálido reflejo de sus blancos esmeriles  
y sus ráfagas sutiles  
estremecen junto al río  
de los olmos seculares los ramajes friolentos;  
cuando de las imafrentes en el pórtico sombrío  
muestran ya las esculturas sus semblantes macilentos;  
mientras vuelan las palomas sobre el ábside redondo,  
escuchando de la torre las campanas temblorosas,  
que a los montes escarpados y del valle a lo más hondo  
mandan lentas el conjuro del misterio de las cosas,  
despacito marcha Juana,  
apoyándose en la curva de su báculo de anciana,  
con su manto y su breviario,  
a su mano sarmentosa dando vueltas el rosario,



a rezar, grave y contrita, sus plegarias balbucientes  
ante el ara inmaculada de la Reina de los cielos  
y a pensar en otra vida de horizontes más rientes,  
donde vuelven los amores y se encuentra a los ausentes  
y las penas se concluyen y se acaban los desvelos.

¡Oh mañana perfumada! Huele a juncias y ramajes  
y a pan tierno y a rebaño que camina hacia el otero  
y en el huerto de las monjas huele a acacias y a follajes  
y en la cuesta de las cruces a jazmines y a romero.  
Tierra madre que condensa nueva vida en sus entrañas,  
vaso eterno que al espacio se levanta envuelto en bruma  
y que guarda en su sagrario las esencias más extrañas  
y que todo cuanto surge lo embellece y lo perfuma.  
Juana siente el llamamiento  
de lo Magno que se extiende más allá del firmamento  
y camina presurosa por la calle a media sombra,  
por las piedras seculares donde el musgo hace su alfombra,  
y, a la par que reza y gime,  
comenzando ya los ritos que son todos sus deberes,  
con el báculo hace el ritmo de esa música sublime  
cuyas notas misteriosas solo saben las mujeres.

Templo agosto de fachada por los siglos carcomida:  
¡Cuanta grey adolorida,  
implorándote consuelo no ha pisado tus umbrales!

Tus capillas sepulcrales  
donde próceres adustos duermen sueño de granito,  
tus polícromos vitrales  
que fundieron los artistas al calor de lo infinito  
¡cuántas quejas no escucharon; qué de frases punzadoras!  
¡Qué de lágrimas no vieron; qué de místicas querellas!  
¡Cómo en tus hendidias losas sin cesar dejaron huellas  
las pisadas vacilantes de las plantas pecadoras!  
¡Cómo en tu recinto inmenso  
se elevaron las plegarias con el humo del incienso!  
Y, aun a veces, torpe el labio,  
ante el ara sacrosanta formuló la rebeldía  
y en tus naves no hay un fuste que no sepa una agonía  
ni hay imagen sin blasfemia, ni moldura sin agravio.

Allí Juana embelesada ve pasar horas enteras.  
¡Ay! Allí solo es dichosa; solo allí son verdaderas  
las promesas de ventura; solo allí surge el olvido.  
Todo, todo lo ha perdido;  
todo Dios se lo ha quitado y ya solo en Dios confía.  
¿Dónde están aquellos seres que eran toda su alegría?  
¿Dónde el compañero amante que cubrió piadosa tierra?  
¿Dónde el hijo que en la guerra  
cayó al plomo de las balas exclamando: —¡Madre mía!?  
Y por ellos halla fuerzas al pasar tantos desvelos  
y por ellos a la Virgen reza interminables horas.

Si en la gloria no ha de verlos ¿para qué nuevas auroras?  
Si en la muerte todo acaba ¿para qué Dios en los cielos?

Cuando acaba su rosario,  
pasa su fervor devoto por las hojas del breviario.  
Es un libro muy usado, de cubierta en pergamino  
que sin duda es obra magna de algún místico divino.  
Desde luego, ingenuamente por su gloria al Señor ruega  
y adivina sus sentencias llenas de inmortal fragancia.  
Para ella ¡ay! es un enigma, porque se halla medio ciega  
y además está en idioma que no entiende su ignorancia.  
Pero con sus flacos dedos con deleite lo acaricia;  
es para ella una reliquia de valor grande y seguro  
y, en sus místicos trasportes, lo contempla con delicia  
y lo guarda con cariño, como a un guía noble y puro.  
Nunca olvida el forastero que, aceptando su hospedaje,  
en sus manos reverentes se lo puso como gaje.  
¡Oh sangrienta y necia burla de un espíritu rastrero!  
*Servo arbitrio*, en letras rojas está escrito en la portada.  
¿A decirle quien se atreve, pobre anciana atribulada,  
que el breviario de oraciones es un libro de Lutero?

¡Pobre Juana! Aniquilada melancólica suspira  
y a la santa Virgen mira  
como al único consuelo de los tristes pecadores.

¿Quién será el que la conteste, despreciando sus dolores  
al matar sus esperanzas: «Esa virgen es mentira?»  
¿Quien dirá sin menoscabo  
del honor y sin enojo del Poder Omnipotente,  
«Ese libro que contemplas te revela claramente  
en sus párrafos oscuros que tu espíritu es esclavo?»  
¡Oh! Que su ignorancia siga;  
que perciba en los altares el fulgor de la esperanza;  
que conserve hasta la muerte su benéfica ignorancia;  
porque es santa la ignorancia, cuando no hay mejor amiga.

¡Cuan felices los humanos  
que no pierden la esperanza ni en los grandes desconsuelos  
y con sus ensueños abren los postigos de los cielos  
y se duermen ignorantes con un libro entre las manos!  
Aun más tristes que esos tristes las pasiones nos maltratan  
y, buscando de los libros las verdades prodigiosas,  
caminamos anhelantes tras las ciencias de las cosas,  
nos matamos por saberlas y, en sabiéndolas, nos matan.

